



## EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA, O LAS ADVERTENCIAS DE HILDEGARDA

El 2 de marzo de 2006, en una conversación con los párrocos de Roma, el Papa Benedicto XVI declaró que “las mujeres hacen mucho, me atrevería a decir, por el gobierno de la Iglesia, comenzando por las hermanas de los grandes padres de la Iglesia, como san Ambrosio, hasta las grandes mujeres de la Edad Media –santa Hildegarda, santa Catalina de Siena<sup>1</sup>–, y después santa Teresa de Ávila<sup>2</sup> hasta llegar a la Madre Teresa<sup>3</sup>”. Y a continuación añadió: “¿Cómo podría imaginarse el gobierno de la Iglesia sin esta contribución, que en ocasiones se hace muy visible, como cuando santa Hildegarda critica a los obispos, o como cuando santa Brígida<sup>4</sup> y santa Catalina de Siena amonestan y logran que los Papas regresen a Roma?” No mucho tiempo después, en una entrevista concedida a los canales de televisión *Bayerischer Rundfunk*; *ZDF*; *Deutsche Welle* y a *Radio Vaticano* el 5 de agosto del mismo año, reiteraba: “Pensemos en Hildegarda de Bingen, que con fuerza protestaba respecto de los obispos y del Papa [...]”.

Familiares son para nosotros los nombres de santa Catalina de Siena, de la doctora de Ávila y de la inolvidable Madre Teresa de Calcuta; tal vez no lo sea tanto el de santa Brígida de Suecia quien, al igual que santa Catalina, intervino de manera activa para poner fin al cautiverio de los Papas en la francesa ciudad de Aviñón (siglo XIV). Pero, decididamente, hay entre estos nombres uno hasta hace poco bastante desconocido y que se nos aparecía como detrás de un signo de interrogación: ¿quién es esta Hildegarda de Bingen, a quien la presentación papal nos muestra casi como una mujer crítica –y refunfuñona– tan luego de la jerarquía eclesiástica?

Una mujer fascinante: religiosa benedictina, visionaria de autoridad reconocida tanto por la jerarquía eclesiástica cuanto por los laicos (reyes, príncipes, nobles, pueblo), teólo-

---

<sup>1</sup> Santa Catalina de Siena (1347-1380), mística y Doctora de la Iglesia, amada y combatida en su tiempo, a ella se debe la expresión “el dulce Cristo en la tierra”, aplicada al Sumo Pontífice. Reiteradamente escribió a Urbano V para que dejara la francesa corte de Avignon y retornara a Roma, cosa que el Papa hizo en 1367, aunque volvió a aposentarse en tierra francesa en 1370. Continuó Catalina su labor en este sentido con el sucesor de Urbano, Gregorio XI, hasta que finalmente el Papa Urbano VI restaura definitivamente la sede papal en Roma. Además de una copiosísima correspondencia, escribió *Diálogo de la Divina Providencia*.

<sup>2</sup> Santa Teresa de Ávila (1515-1582), mística, fundadora y Doctora de la Iglesia. Mujer de gran cultura, reformadora el Carmelo, tuvo gran predicamento en su tiempo, aunque también algunas detracciones. Su ejemplo fue seguido por San Juan de la Cruz, empeñado en la reforma del Carmelo masculino. San Pedro de Alcántara la apoyó en su vasta empresa. Entre sus obras mencionamos *Las Moradas*, *Libro de la vida*, *Libro de las fundaciones*, *Camino de perfección*.

<sup>3</sup> Beata Madre Teresa de Calcuta (1910-1997). Religiosa albanesa, fundadora de las Misioneras de la Caridad, desplegó a partir de diciembre de 1948 su labor de asistencia sistemática a los más pobres, a los enfermos, los leprosos, los enfermos de Sida y los moribundos en las calles de la ciudad de Calcuta (India), aunque las misioneras de su congregación, a partir de 1965, se han esparcido por el mundo. En 1979 recibió el Premio Nobel de la Paz.

<sup>4</sup> Santa Brígida de Suecia (1303-1373), mística y fundadora, dotada de gran erudición en temas religiosos y eclesiásticos. Recorrió la Europa de su tiempo adquiriendo experiencia de la difícil situación de su época: guerras, decadencia de las costumbres del clero y el cautiverio de Avignon del Papado. El año de la muerte de su esposo (1344) marcó el inicio de sus revelaciones, entre las que se cuenta la reiterada exhortación dirigida al Papa Clemente VI para que regresara a Roma.

ga, científica, médica, escritora, música, pintora, predicadora... desplegó su multifacética actividad hasta una vejez avanzada (murió cumplidos los 81 años, en 1179), dejando tras de sí una vasta obra. Algunos de sus títulos son: *Scivias* (“Conoce los caminos del Señor”, obra de carácter teológico que podríamos caracterizar como una historia de la creación del hombre, su caída, su redención y su salvación, finalmente, en la Jerusalén celestial); *Liber vite meritorum* (*El Libro de los méritos de la vida*), de carácter ético con una fuerte impronta psicológica; *Liber divinorum operum* (*El libro de las obras divinas*), que inscribe la interrelación entre macrocosmos y microcosmos en la historia de la salvación (*Scivias* y *El libro de las obras divinas* están maravillosamente ilustrados con pinturas que son un medio más para la transmisión de los contenidos); la *Physica* (*Física*) y *Causae et curae* (*Las causas y los remedios de las enfermedades*), sus obras científicas y médicas; *Ordo virtutum* (*El drama de las Virtudes*), drama litúrgico cantado (excepto por el demonio, quien no puede cantar porque está privado de toda armonía, siendo que la armonía es una forma de alabanza a Dios); *Symphonia Armonie Celestium Revelationum* (*La armoniosa música de las revelaciones celestiales*), ciclo de canciones litúrgicas de diversa factura y tema; tres volúmenes de cartas que ofrecen respuestas teológicas y filosóficas a obispos y maestros escolásticos que las requerían, dirección espiritual a abades, abadesas, simples monjes, clero, príncipes, personas comunes, orientación en dificultades concretas, el texto de sus predicaciones a pedido de sus destinatarios... y tanto más.

“Pensemos en Hildegarda de Bingen, que con fuerza protestaba respecto de los obispos y del Papa [...]”, nos dice Benedicto XVI, y entonces nos preguntamos: ¿qué estaba pasando en la Iglesia, en la institución eclesiástica, y en la vida cotidiana de los cristianos?

En lo que al clero se refiere, las medidas tomadas por diversos pontífices, así como los juicios de figuras señeras del ámbito monástico, nos dan una idea de su situación en esa época (¿en esta época?). Hacia el año 1020 un sínodo celebrado en Pavía bajo la presidencia del Papa Benedicto VIII y el emperador romano germánico Enrique II subrayó la obligatoriedad del celibato eclesiástico y dictó resoluciones condenando la simonía.<sup>5</sup> Un concilio convocado en Letrán (año 1059) por el Papa Nicolás II añadió a las disposiciones antedichas la prohibición, para los fieles, de asistir a las misas de los sacerdotes que no observaran el celibato, lo que equivalía prácticamente a una excomunión; también aconsejaba para los sacerdotes la vida en común, lo que con el tiempo dio origen a comunidades de clérigos, y a la orden de los canónigos regulares de San Agustín<sup>6</sup>. En el año 1073 asume el trono de Pedro Gregorio VII, quien continúa con gran fuerza el movimiento de reforma de las costumbres del clero, actitud reforzada luego por Urbano II (1088-1099). En lo que hace a la pobreza, el clero, que vivía en el mundo y se veía forzado a manejarse también con sus criterios, sucumbió muchas veces a lo que se manifestaba como las antípodas de esa pobreza, y se encontró acumulando riquezas, anhelando poder, y olvidando todas las renunciaciones a las que su estado le obligaba, para servir mejor. Los pontífices, y principalmente los provenientes de las congregaciones benedictinas, supieron ver el problema y buscarle remedio.

Debemos mencionar también la existencia de grupos heréticos, entre los cuales tal vez el de mayor difusión fue por entonces el catarismo —un movimiento originado en la ciudad de Albi (sur de Francia), cuyos adeptos profesaban la creencia en un principio del bien y otro del mal, e incurrían en el desprecio del mundo— cuyos miembros eran hombres de una proclamada pureza absoluta que combatían fieramente al clero y sus por entonces relajadas costumbres. Tuvieron seguidores entre la clase media, las mujeres y también entre cierto clero de las campiñas; es más, algunos nobles los dejaron actuar con simpatía hacia

<sup>5</sup> Se llama así a la compraventa de las dignidades eclesiásticas. El nombre “simonía” proviene de aquel Simón el Mago que quiso comprar a los apóstoles el poder brindar la presencia del Espíritu Santo mediante la imposición de las manos. (*Hech.* 8).

<sup>6</sup> Comunidad sacerdotal regida por la Regla de San Agustín, que durante el siglo XII comenzó a plasmarse en diversas iglesias. Entre las más famosas se cuenta la de San Víctor, en París.

su causa.

En cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el poder político (¡qué tema!), es decir entre el Papado y el Imperio, se hallaban en crisis. Desde el siglo XI era práctica establecida y reconocida que el Sumo Pontífice fuera elegido por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, pero el Papa Nicolás II (1059-1061), en el concilio de Letrán trató, entre otros temas de gran importancia para la vida eclesiástica, el tema de la elección papal: sólo los cardenales podrían actuar en tal sentido, y al clero en general y al pueblo romano solamente les cabría manifestar su aprobación, cuando conociesen los resultados de la elección. En cuanto al emperador y como medida de respeto, se le comunicarían igualmente y también *a posteriori*. En el concilio también se tocó otro punto álgido: los clérigos sólo podían aceptar cargos eclesiásticos y la investidura que los significaba de manos de la autoridad eclesiástica, y en ningún caso de un seglar.<sup>7</sup> Este tema dio lugar a la famosa “Querrela de las Investiduras”, que confrontó al Papa Gregorio VII con el emperador Enrique IV: el emperador depuso al Papa, éste lo excomulgó, sobrevinieron una serie de episodios, y así siguieron las cosas (Papas y antipapas) hasta la muerte de Gregorio VII en 1085. Vinieron luego otros pontífices benedictinos, mientras en el Imperio Enrique IV era obligado a abdicar por su segundo hijo, Enrique V. El Concordato de Worms<sup>8</sup>, celebrado en 1122 entre el Papa Calixto II y el emperador, puso fin a la disputa.

Pero ya entrado el siglo XII (en 1153) volvieron los problemas, cuando el Papa cisterciense Eugenio III (1145-1153)<sup>9</sup> firmó el tratado de Constanza con el entonces rey de Alemania Federico I Barbarroja, ofreciéndole la coronación imperial a cambio de protección contra los enemigos: los rebeldes romanos – encabezados por el clérigo Arnaldo de Brescia– y los normandos. Era, de alguna manera, caer en una situación de protectorado, y no fue un buen acuerdo.<sup>10</sup> Sus consecuencias las padecieron los pontífices que le sucedieron: el Papa Anastasio (1153-1154) quien, a pesar del rechazo de su antecesor Eugenio III, confirió el cargo de arzobispo de Magdeburgo –uno de los cargos más codiciados– al obispo Wichmann, protegido del rey (quien había ejercido grandes presiones al respecto). También el Papa inglés Adriano IV (1154-1159), quien el 18 de junio de 1155 (un mes después de la captura y ejecución de Arnaldo de Brescia) coronó a Federico Barbarroja<sup>11</sup>, quien había bajado de Alemania a Roma en 1154. Pero luego, ante el poder cobrado por el emperador, el Papa y la curia firmaron un concordato con el rey Guillermo I de Sicilia (Benevento, 1156), que aseguraba al Papa el homenaje del rey normando, a cambio del reconocimiento papal de su título de rey, que así quedaba legitimado. Por otra parte, el papado apoyó a ciudades del norte de Italia que eran hostiles al emperador –Milán particu-

<sup>7</sup> Es un tema particularmente difícil, por cuanto los obispos eran también príncipes del Imperio, con tierras, hombres y bienes: con poder y lealtades que, en determinadas circunstancias, podrían encontrarse divididas.

<sup>8</sup> El emperador renunciaba a la investidura, pero dentro del territorio del Imperio se le permitiría asistir a las elecciones de los dignatarios eclesiásticos y participar, en los casos de elección dudosa. Una vez llevada a cabo la elección, al emperador correspondería la investidura del elegido, con todos los privilegios y obligaciones.

<sup>9</sup> El Papa Eugenio (Bernardo Pignatelli de Pisa, abad de San Anastasio en Roma) era un monje cisterciense que ocupó la sede papal desde 1145 hasta 1153. Casi en seguida de su nombramiento salió de Roma –convulsionada a raíz de las revueltas entre dos familias predominantes: los Frangipani y los Pierleoni, que se disputaban el nombramiento de los Papas en alianza con diversos príncipes– y durante casi todo su pontificado residió en Francia. En 1153 celebró el tratado de Constanza con el joven rey de Alemania Federico Barbarroja, ofreciéndole la corona imperial a cambio de la protección real contra los hostiles romanos – encabezados por el clérigo Arnaldo de Brescia– y normandos.

<sup>10</sup> Esta situación reeditaba la que se había planteado con el rey de los francos Pipino el Breve (s. VIII), usurpador del trono, quien acudió en auxilio del Papa Esteban II cuando los lombardos marchaban sobre Roma; en recompensa, el Papa legitimó su poder y consagró a su familia como familia real. El hijo de Pipino, Carlomagno, al asumir el trono se proclamó protector del Papado, al que defendió y sometió, alternativamente. En la Navidad del año 800 el Papa León III lo coronó emperador del Sacro Imperio Romano.

<sup>11</sup> El emperador, en cumplimiento del tratado de Constanza, había puesto fin a la república romana y a la rebelión de Arnaldo de Brescia protegiendo así al papado; correspondía ahora al Papa cumplir su parte, uniéndolo emperador.

larmente—. Federico Barbarroja reaccionó violentamente y logró someter a Milán en 1158. Exigió entonces a los obispos italianos un juramento de fidelidad, lo que hizo que Adriano considerara la posibilidad de excomulgarlo, pero murió antes de concretar la sanción, cosa que sí hizo su sucesor, Alejandro III (1159-1181), contra quien el emperador sostuvo al antipapa Víctor IV —apoyado por el conjunto de los prelados alemanes—, a cuya muerte eligió a Pascual III y luego a Calixto III, hasta que se reconcilió finalmente con el Papa en 1177 —la paz de Venecia—, luego de sufrir serias derrotas en Italia, ante la Liga Lombarda.

El contenido y la forma de las cartas de Hildegarda a los cuatro pontífices, al emperador y a algunos obispos, abades y abadesas, encuentra su explicación en los episodios narrados. Vamos, pues, a ellas. No las leeremos a todas ellas ni en la totalidad de su texto, sino que haremos una selección, en ambos casos.

## **I. LAS CARTAS A LOS PONTÍFICES**

Una carta veremos, dirigida al Papa Anastasio (entre los años 1153 y 1154), relacionada con el difícil momento político por el que atravesaban las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Recordemos: el Papa Eugenio ofrece a Federico Barbarroja la corona imperial a cambio de la protección contra los rebeldes que lo habían obligado a huir de Roma, ofrecimiento que pone al Papado en una situación de dependencia con respecto al autoritario emperador. La situación generada por la iniciativa política de Eugenio obligó a su sucesor, Anastasio, a conferir el cargo de arzobispo de Magdeburgo —uno de los cargos más codiciados— al obispo Wichmann, protegido del emperador: el papado cedía ante el poder político y dejaba en manos del emperador la composición del episcopado alemán. Se debilitaba así el poder de la Iglesia, y de allí la reacción de Hildegarda, que ahora leemos.

[**A Anastasio**]. “Oh tú, que eres la armadura eminente y el monte de la doctrina de la muy adornada ciudad [la Iglesia] que ha sido constituida en sus desposorios con Cristo; escucha a Aquel Quien no comenzó a vivir y que no se agota en la fatiga.

Oh hombre, que en lo que se refiere al conocimiento lúcido y vigilante te has cansado demasiado como para refrenar la jactanciosa soberbia de los hombres puestos en tu seno, bajo tu protección: ¿por qué no rescatas a los naufragos que no pueden emerger de sus grandes dificultades a no ser que reciban ayuda? ¿Y por qué no cortas la raíz del mal que sofoca las hierbas buenas y útiles, las que tienen un gusto dulce y suavísimo aroma? Tú descuidas a la hija del rey, esto es a la Justicia —que vive en los abrazos celestiales y que te había sido confiada—, pues permites que esta hija del rey sea arrojada a tierra, y que su diadema y su hermosa túnica sean destrozadas por la grosería de las costumbres de aquellos hombres hostiles que a semejanza de los perros ladran y que, como las gallinas que en las noches a veces tratan de cantar, dejan escapar la necia exaltación de sus voces.

Éstos son simuladores que en sus palabras manifiestan una paz fingida, pero que en su interior, en sus corazones, rechinan los dientes como el perro, que mueve su cola a quienes le son conocidos pero muerde al soldado leal que presta su servicio en el palacio del rey. ¿Por qué soportas las malvadas costumbres de esos hombres que viven en las tinieblas de la estupidez, considerando y atendiendo todo lo que es nocivo para ellos, como la gallina que grita de noche aterrizándose a sí misma? Quienes esto hacen son inútiles desde su misma raíz.

Oye por tanto, oh hombre, a Aquel Quien mucho ama el claro y agudo discernimiento, de manera tal que Él mismo lo estableció como el más grande instrumento de rectitud para luchar contra el mal. Tú no haces esto, porque no erradicas el mal que desea sofocar al bien sino que permites que el mal se eleve soberbio, y lo haces porque temes a quienes traman los peores engaños en las asechanzas nocturnas, amantes más del dinero de la muerte que de la hermosa hija del rey, esto es, la

Justicia.

[...]

Por eso tú, oh hombre que te sientas en la cátedra suprema, desprecias a Dios cuando abrazas el mal; y en verdad no lo rechazas sino que te besas con él cuando lo mantienes bajo silencio en los hombres malvados. Por esto toda la tierra se turba a causa de la gran mudanza que producen los extravíos, porque lo que Dios destruyó, eso es lo que el hombre ama.

Y tú, oh Roma, que yaces postrada como moribunda, serás sacudida de tal manera que el vigor de tus pies, sobre los que hasta hoy te sostuviste, se debilitará; porque tú no amas a la hija del rey –es decir, a la Justicia– con un amor ardiente, sino que la amas como en la tibieza del sueño y la alejas de ti. Por eso también ella quiere huir de ti, si no la llamas nuevamente. Sin embargo los grandes montes [los prelados] todavía te ofrecerán ayuda, levantándote y apuntalándote con la noble madera de árboles magníficos, de manera tal que no pierdas enteramente todo en lo que hace a tu propia honra, esto es, en cuanto al ornato de tus desposorios con Cristo, sino que aún conserves algunas plumas de tu esplendor, hasta que venga la nieve de las burlas de las costumbres diferentes y hostiles, con grande y demente furor. Cuídate entonces, de unirte al rito de los paganos, cuídate de caer.

Oye por tanto a Aquel Quien vive y no será exterminado. El mundo ahora vive en la lascivia, luego estará en la tristeza, después en el terror, tal que los hombres no se preocuparán por su muerte. En todos estos tiempos hay unas veces tiempos de desvergüenza, otras tiempos de contrición, y otras veces los tiempos de los rayos y truenos de diversas iniquidades. Pues el ojo se enfurece, la nariz arrebata, la boca mata. Pero el pecho [el pecho como sede del corazón, esto es, de la inteligencia y del amor] salvará cuando la aurora aparezca como el esplendor de la primera alborada. Mas lo que vendrá en el nuevo deseo y en el fervor nuevo, no debe decirse.

[...]

Tú empero, oh hombre que te muestras como pastor, levántate y corre velozmente hacia la Justicia, de manera tal que no seas acusado por el gran Médico [Dios] por no haber limpiado de su inmundicia a Su redil y no haberlo ungido con óleo. Donde la voluntad desconoce los males, y donde el hombre no se entrega a su deseo, allí no sucumbe absolutamente en un juicio condenatorio, sino que purifica la culpa de su ignorancia mediante flagelos.

Por consiguiente tú, oh hombre, quédate en el camino recto, y Dios te salvará, te conducirá nuevamente a la mansión de la bendición y la elección, y vivirás eternamente.”<sup>12</sup>

Durísima carta, en la que alternan la denuncia, la exhortación y el estilo profético.

## II. A LA JERARQUÍA ECLESIASTICA

Son muchas las cartas, variados sus destinatarios y los asuntos que en ellas se tratan. Veremos dos de ellas, señalando los temas que en ellas se exponen.

**Sobre el tema anterior** y reiterando algunas de sus imágenes escribe la abadesa de Bingen a un obispo no identificado, veinte años después (1173-79). La carta finaliza con un llamado de carácter absolutamente personal a favor de la conversión y rectificación de vida del prelado:

“Oh tú, que has sido designado para representar a Cristo, escucha: el tiempo pre-

<sup>12</sup> Carta 8 –al Papa Anastasio–, años 1153-54, p. 19-22. En: *Hildegardis Bingensis Epistolarium*. Ed. Lieven van Acker. Turnhout: Brepols, 1991-93. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91-91a).

sente no es un *tiempo de sanación*<sup>13</sup>, sino que a causa de los deseos y costumbres de la serpiente –quien a veces juega con los hombres y otras veces los muerde– está lleno de dolor por las heridas nuevas y por las antiguas, pues la Iglesia ha sido despojada de su justicia y rectitud. El viento del norte<sup>14</sup> se precipitó sobre la Iglesia arrancándole su corona y sus vestidos de manera tal que sus cabezas espirituales, con su realeza, han sido sacudidas. Esta situación continuará hasta que se haya cumplido acabadamente la purificación de los pecados del pueblo, de la gente común, muchos de los cuales adhieren a la locura de los Saduceos.<sup>15</sup> Por éstos y por los otros pecados de los hombres la vestidura de la Iglesia, esto es, la Justicia, ha sido removida, y su realeza está llena de tristeza. Sin embargo la Iglesia tiene confianza en su Esposo, en que a través de Él recibirá el fulgor de su corona y de sus vestidos, y que habrá de ver el glorioso día de la destrucción de la iniquidad y de la infidelidad, y que será adornada por el sol de la fe con pendientes en sus orejas. Pero ahora, que el Espíritu Santo te inflame, para que por la gracia de Dios te purifiques de cada uno de tus pecados y deliberes y aconsejes cuanto puedas en favor del esplendor de la Iglesia, hasta que por tu perseverancia en el bien merezcas oír del Juez Supremo: *Tú eres Mi servidor*,<sup>16</sup> en ti *se ha complacido Mi Alma*,<sup>17</sup> y así vivirás en feliz eternidad.”<sup>18</sup>

**Sobre el ministerio episcopal** y sus obligaciones advierte a Felipe, arzobispo de Colonia (1167-73), subrayando dos aspectos de dicho ministerio: la docencia, es decir, la iluminación mediante la enseñanza de la verdad para la fe, y la corrección fraterna en justicia y misericordia, privilegiando esa otra iluminación que es la de la clara ejemplaridad de las costumbres. Siguiendo la línea paulina, pero también los lineamientos del mundo en que vive, utiliza la figura del soldado y su armadura, al servicio de la milicia divina:

“En la mística espiración de la verdadera visión vi y oí estas palabras, pues el Amor ardiente, Quien es Dios, te dice: ¿Qué nombre puede dársele a una estrella que brilla bajo el sol? Se la llama ‘luminosa’, porque gracias al sol resplandece con más luz que las otras estrellas. ¿Pero cómo podría ser que la misma estrella ocultase su luz de manera tal que brillara menos que las otras estrellas menores? Porque si esto hiciera no tendría ese glorioso nombre suyo sino que se la llamaría ‘ciega’ ya que, aunque se dijera luminosa, no se vería su luz. Asimismo el soldado que viniera a la batalla sin armadura, con toda seguridad sería aplastado por sus enemigos, porque su cuerpo no estaría defendido por la coraza, ni habría puesto yelmo sobre su cabeza ni protegido con el escudo, por lo que caería en medio de gran confusión y angustia.

Pero tú, que eres llamado ‘estrella luminosa’ en razón de tu ministerio episcopal, y que desde el altísimo oficio sacerdotal irradias tu luz –que son las palabras de la justicia–, no la ocultes a tus subordinados. Pues en tu corazón a menudo dices: ‘Si yo amedrentara a mis subordinados con mis palabras, me tendrían por fastidioso,

<sup>13</sup> Jer. 14, 19.

<sup>14</sup> El viento del norte, y en general ese punto cardinal, era tenido por portador de desgracias, región donde habitaba el demonio, origen y causa de todos los males.

<sup>15</sup> Hildegarda llama saduceos a los cátaros, en alusión a los sacerdotes de los tiempos de Cristo, que surgían de entre los saduceos o descendientes de Sadoc: eran de muy laxa observancia pero de proclamada pureza, despreciaban el cuerpo y no creían en su resurrección, estaban en connivencia con el poder político (los Romanos) y tiranizaban al pueblo.

<sup>16</sup> Is. 49, 3.

<sup>17</sup> Is. 42, 1.

<sup>18</sup> Carta 263 –a un prelado (¿obispo?)–, años 1173-79, p. 12. En: *Hildegardis Bingensis Epistolarium*. Pars tertia. Ed. Lieven van Acker (†) et M. Klaes-Hachmöller. Turnhout: Brepols, 2001. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91b).

porque no puedo prevalecer sobre ellos. ¡Ojalá, callando, pudiera conservar su amistad! Pero a nada te conduce hablar y actuar de esta manera. ¿Qué hacer entonces? No los atemorices con aterradoras palabras originadas en tu oficio episcopal y en la nobleza de tu persona, arrebatándolos violentamente como un halcón, ni con palabras dañinas los golpees, como con una maza; antes bien, mezcla las palabras de la justicia con la misericordia y úngelos con el temor de Dios, mostrándoles cuán peligrosa es la injusticia, para sus almas y para su felicidad. De seguro, ciertamente, con toda seguridad que así te escucharán.

No te mezcles con ellos en sus costumbres descuidadas y sucias, e inestables, ni consideres qué les agrada o desagrada, porque si haces esto aparecerás como por debajo de ellos a los ojos de Dios y de los hombres, pues tales actitudes no convienen a tu persona. Fíjate también que los animales que rumian se ensucian si el forraje [con que se los alimenta] se hubiera mezclado con el alimento con que se ceba a los puercos. Así también tú, si te unieras a la compañía de los pecadores y a sus costumbres deshonestas, te ensuciarías. Los hombres malvados se alegrarían por ello y se turbarían los hombres rectos, diciendo: ‘¡Ay, ay, qué clase de obispo tenemos! Su luz no brilla para nosotros en los caminos rectos de la justicia.’

Toma pues a tu pueblo y apártalo de su funesta infidelidad, para que así no te encuentres sin la armadura de la fe, y muéstrale el camino de la justicia según las *Sagradas Escrituras*. Pon sobre tu cabeza el yelmo de la esperanza y ante tu cuello el escudo de la verdadera defensa,<sup>19</sup> para que en todos los peligros y adversidades seas el defensor de la Iglesia, vencéndolos. Ten la luz de la verdad de manera tal que aparezcas como un soldado probo en Mi milicia –Yo soy el amor verdadero<sup>20</sup>– y para que, en medio de un mundo que naufraga y en las duras batallas contra la iniquidad, seas fuerte y activo, y finalmente resplandezcas como luminosa estrella en la eterna felicidad. [...].<sup>21</sup>

### III. A LOS SACERDOTES

De entre varias hemos seleccionado una misiva, dirigida al sacerdote Werner en el año 1170, que fue tomada como una profecía de la Reforma protestante. En esta carta la figura de mujer simboliza no ya a la Justicia, como en la carta al Papa Anastasio, sino a la Iglesia, mancillada por los pecados de los sacerdotes, que aparecen prolijamente enumerados y que ya habíamos visto en el inicio de nuestra exposición, en ocasión de fijar el contexto de la correspondencia hildegardiana, “en el corazón de la Iglesia”...

“En el año 1170, cuando llevaba un largo tiempo postrada en mi lecho de enferma, despierta en cuerpo y alma vi<sup>22</sup> una bellísima imagen con forma de mujer, de tan exquisito encanto y con preciosos atavíos de tanta belleza que la mente humana jamás podría comprenderla y expresarla. Por su estatura se alzaba desde la tierra hasta el cielo. Su rostro brillaba con una gran luz y con sus ojos miraba al cielo. Llevaba una deslumbrante túnica de seda blanca y la envolvía un manto adornado con piedras preciosas –esmeralda, zafiro, también perlas–; su calzado era de ónix. Pero su rostro estaba salpicado de polvo, la túnica había sido desgarrada en el cos-

<sup>19</sup> *Ef.* 6, 14-17.

<sup>20</sup> *I Juan* 4, 8 y 16.

<sup>21</sup> Carta 16r –a Felipe, arzobispo de Colonia–, años 1167-73, p. 49-51. En: *Hildegardis Bingensis Epistolarium*. Ed. Lieven van Acker. Turnhout: Brepols, 1991-93. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91-91a).

<sup>22</sup> Una vez más afirma Hildegarda las características únicas de su modo de visión: despierta, en estado de vigilia.

tado derecho,<sup>23</sup> el manto había perdido su refinada belleza y sus zapatos estaban manchados en la parte superior.

Y con voz grande y dolorosa clamaba hacia las alturas celestiales diciendo: Óyeme, oh cielo, porque mi rostro ha sido afeado; oh tierra, llora, porque mi túnica ha sido desgarrada; oh abismo, estremécete, porque mis zapatos han sido manchados. ‘Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo tienen sus nidos’,<sup>24</sup> pero yo no tengo quien me consuele y me ayude, ni un báculo sobre el cual apoyarme y que me sostenga.

[...]

Quienes me cuidaban y me alimentaban, o sea los sacerdotes, que debían encender mi rostro como la aurora y hacer que mi túnica resplandeciera como una luz fulgente, que mi manto brillara como las piedras preciosas y mis zapatos irradiaran su claridad, ensuciaron mi rostro con polvo, desgarraron mi túnica, oscurecieron mi manto y mancharon mis zapatos. Todos los que debían embellecerme me descuidaron y me abandonaron. Pues ensucian mi rostro porque toman y reciben el Cuerpo y la Sangre de mi Esposo<sup>25</sup> en medio de la gran corrupción de sus costumbres lascivas y la gran inmundicia de sus fornicaciones y adulterios, y la avariciosa rapiña con que venden y compran lo que es impropio; se rodean y envuelven con tanta suciedad como un niño puesto en el barro entre los puercos. [...]

Las marcas de las heridas de mi Esposo están frescas y abiertas en tanto subsistan las heridas de los pecados de los hombres. Los sacerdotes, que deberían hacerme luminosa y servirme en la luz, contaminan estas mismas heridas de Cristo en su ir de iglesia en iglesia por su gran avaricia. También desgarran mi túnica por esto, porque traicionan la ley y el Evangelio y su propio sacerdocio, y oscurecen mi manto porque descuidan en un todo los preceptos instituidos por ellos: no cumplen con la buena voluntad y con las obras, ni con la abstinencia –que es como la esmeralda–, ni con la largueza en la limosna –que es como un zafiro–, ni con las otras obras buenas y justas con las que se tributa honra a Dios –que son como otra clase de piedras preciosas–. Pero además han manchado la parte superior de mi calzado, porque sus caminos no son rectos, es decir que no son los caminos difíciles y penosos de la justicia, y tampoco brindan buenos ejemplos a quienes les están subordinados; no obstante y a pesar de todo, yo guardo la luz de la verdad –casi como en un lugar secreto– bajo mis zapatos. En efecto, los falsos sacerdotes se engañan a sí mismos porque quieren tener el honor del oficio sacerdotal sin sus obras, cosa que no puede ser, ya que a ninguno se le dará recompensa a no ser por el trabajo de la obra presentada.<sup>26</sup> Pero cuando la gracia de Dios toca al hombre, éste obra de manera tal que pueda recibir su recompensa.

Y así el cielo llueve diversa clase de males adversos a los hombres como venganza de Dios, y una nube cubre toda la tierra de modo que su fecunda lozanía se seque y su ornato se oscurezca; también el abismo se estremece, porque juntamente con el cielo y con la tierra será agitado violentamente por el dolor y la venganza. Pues los príncipes y el pueblo temerario se arrojarán sobre vosotros, oh sacerdotes que hasta hoy me habéis descuidado, y os echarán y os pondrán en fuga, y os quitarán vuestras riquezas, porque no atendisteis vuestras obligaciones sacerdotales. Y dirán de vosotros: Echemos de la Iglesia a estos adúlteros y ladrones y hombres repletos de toda maldad. Y haciendo esto creerán haber hecho un obsequio a Dios, porque dicen que la Iglesia ha sido contaminada por vosotros. Por lo que la *Escritura* dice:

<sup>23</sup> El costado derecho, la diestra, es el del honor, y allí se encontraban los sacerdotes que debieron haber cuidado a la Iglesia, pero fueron precisamente ellos quienes la mancillaron.

<sup>24</sup> *Mat.* 8, 20; *Luc.* 9, 58.

<sup>25</sup> El Cuerpo y la Sangre de Cristo, esto es, la Eucaristía.

<sup>26</sup> *I Cor.* 3, 8.



‘¿Por qué se enfurecieron las naciones, y los pueblos tramaron maldades? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se han unido’.<sup>27</sup> Pues por la permisión de Dios muchas naciones comienzan a enfurecerse en los juicios que hacen sobre vosotros, y muchos pueblos urdirán maldades contra vosotros, teniendo por nada vuestra consagración y vuestro oficio sacerdotal. Los reyes de la tierra los ayudarán a desposeeros y destruiros porque codician los bienes terrenales, y los príncipes –vuestros señores– estarán de acuerdo con este propósito, ya que os arrojarán más allá de sus tierras, porque por vuestras malvadas obras apartasteis de vosotros al Cordero inocente. [...]”<sup>28</sup>

#### IV. A LOS MONJES

Esta carta que ahora vemos está dirigida a una comunidad cisterciense (recordemos que la abadesa de Bingen era religiosa benedictina), aparentemente afectada por varios males de la época: el afán por el estudio considerado como fin en sí mismo, que Hildegarda tacha de vana curiosidad; la negligencia en la vida religiosa; la desobediencia a los superiores y la poca paciencia ante los sufrimientos; el ánimo inquieto y la inestabilidad; la falta de fortaleza y de perseverancia en el espíritu primero. De acuerdo con su habitual estilo, Hildegarda propone una parábola que luego explica, para concluir con una exhortación:

“[...] Ay, ay, hijos de Israel, el áureo y misterioso don de Dios no os estableció así en vuestro primer nacimiento, porque en vuestra angélica orden el dulcísimo Padre quiso vencer a la antigua serpiente, que vomitó sobre sí misma la mortal ponzoña de la presunción, como un cadáver putrefacto. Oh bellas flores y compañeros de los ángeles, ¿por qué habéis comido el alimento de la serpiente, o sea, que buscáis unos y otros la compañía deshonesto y hedionda de los arrogantes cismáticos, una conducta casi mortal? ¿Y por qué trepáis las tremantes montañas del cuestionamiento insistente y la indagación de tantas vanidades, sin percatarse de que a cada hombre se le da según su medida?

Id por los caminos convenientes y apropiados, sin el viento que volando os desparra. Mas vosotros encontráis en cualquier parte un monte inconsistente, os apropiáis de él, sin demora lo afirmáis y trabajáis en él, sin abandonarlo. Pero os esforzáis en vano, como también lo hace el artesano inútil que fabrica una vasija insertible, que no puede tenerse derecha porque es inestable, falta de equilibrio. Por eso ahora, oh hijitos míos, tomad a vuestra hermosa madre, esto es, a Mi amiga la Caridad [el Amor], y abrazadla.

Yo os digo: Algunos, montados en veloces caballos y espléndidamente equipados con armas costosas y de gran poder se habían vuelto hacia el occidente para luchar contra quienes venían del oeste. A su derecha había un valle muy extenso, como un camino profundo; a su izquierda un gran bosque con sus ramas más altas cubiertas de nieve, del que salieron muchos enanos desarmados. Cuando vieron a los hombres armados huyeron al bosque despavoridos, diciendo: ‘¡Cuidado! ¿Quiénes son éstos?’ Pero, para infundir terror a los que estaban armados, en la selva misma hacían gran estrépito y gritaban. Por eso, algunos de los hombres armados, indignados, desenvainaban sus espadas y las blandían contra ellos para herirlos. Y se oyó una voz que desde lo alto decía: ‘Volved vuestras espadas a sus vainas, hasta que llegue el tiempo de los tiempos del exterminio.’ Y ellos envainaron sus espa-

<sup>27</sup> *Sal.* 2, 1-2.

<sup>28</sup> Carta 149r –a Werner de Kircheim–, año 1170, p. 333-37. En: *Hildegardis Bingenensis Epistolarium*. Ed. Lieven van Acker. Turnhout: Brepols, 1991-93. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91-91a).

das.

Y he aquí que vinieron otros montados a caballo, totalmente desnudos, excepto por un pequeño paño que les cubría el pecho y el vientre. Cuando los que estaban en el bosque los vieron corrieron hacia ellos y tomando sus caballos por el cuello y por la cola, y a los que los montaban por las piernas y los pies, daban grandes saltos y reían a carcajadas jugando con ellos, mientras decían: ‘Oh compañeros, jugad con nosotros.’ Entonces algunos de los hombres armados, fatigados por su armadura, se volvieron hacia el valle que estaba próximo a ellos y bajándose de sus caballos se despojaron de sus resplandecientes armas, poniéndolas en el suelo. Y así, mientras descansaban en el valle dijeron: ‘¿Quién puede luchar permanentemente contra estos enanos? Permitámosles jugar.’ Pero cuando los enanos los vieron adentrarse en el bosque corrieron hacia ellos, y hacían sus juegos y danzas en torno a ellos. Mas los hombres no jugaban con ellos ni los obligaban a apartarse, sino que, dejadas sus armas, tan sólo descansaban mientras contemplaban las danzas. Y de nuevo resonó la voz desde lo alto diciendo: ‘Éstos que abandonaron sus armas no deben ser llamados los principales en el palacio del Rey, porque están demasiado cansados para luchar.’

Ahora, oh hijos míos, escuchad lo que esto significa. Los prelados buenos y eficaces y los otros que desprecian las cosas mundanas, en el transcurso de la veloz carrera de las buenas obras descansan armados, manteniendo una atenta vigilancia para luchar contra el diablo. A su derecha se encuentra el camino de la rectitud y a su izquierda la preocupación de muchas vicisitudes y vaivenes de los que provienen gran número de vicios, que a veces huyen aterrados ante los hombres armados, pero otras veces les inspiran terror con su locura. Por lo que algunos de esos hombres, indignados porque no quieren sufrir con paciencia el daño que se les infiere, se preparan para vengarse; pero la inspiración divina les advierte que permanezcan quietos y tranquilos hasta que Dios, por Su gracia, destruya esos males. Y así cesa en ellos la agitación de su venganza. Otros, que parecen haber desechado los bienes terrenales, de este modo muestran que corren en vano: porque están desnudos de las obras buenas, aunque se vistan con su simulación. Por lo cual los vicios se ríen de ellos, y juegan con ellos en medio de grandes burlas. Pero algunos de los otros prelados, que deberían haber rechazado enteramente las cosas del mundo, se fatigan hastiados con la rutina y en el camino recto abandonan la solícita vigilancia; descansando despreocupadamente, dicen que no pueden estar siempre luchando contra aquellos vicios. Por lo que también los vicios se burlan de ellos, que ni los acogen plenamente ni totalmente se apartan de ellos, de manera tal que permanecen quietos en la tibieza de su negligencia. Por eso, para que abiertamente se entienda, no son maestros eficaces ni guerreros poderosos ante Dios, porque en su debilidad son torpes en cuanto a su salvación. Esta interpretación, oh vosotros que habéis desgarrado mi túnica, os está dirigida.

Oh varones espirituales, que decís que avanzáis con firmeza y rectitud, ¿por qué no imitáis las obras del Cordero, Quien fue pacífico, manso, humilde, casto y obediente al mandato de Su Padre, y sufrido en cuanto al sacrificio de Su cuerpo por vosotros? Elevaos hacia la compañía de los ángeles, según al principio os plantó el místico don de Dios. Pues a veces no sabéis lo que hacéis, queriendo ascender al monte que no podéis abarcar, por lo que también a veces caéis al valle, porque comenzáis lo que no podéis acabar. Os inquietáis en vuestro espíritu queriendo ser santos, allí donde no hay méritos, ni la recompensa de la obra buena y justa. Por eso sois como los extraños que quieren tener lo que no pueden tomar. Fortaleced por tanto y confortad vuestros corazones<sup>29</sup> y corred por los caminos de Dios, porque la re-

---

<sup>29</sup> *Sal.* 30, 25.

compensa será dada a quien obre, no a quien mira la obra como quien la ve en un espejo, por lo que también se engaña en su apreciación.”<sup>30</sup>

## V. A LOS PRELADOS DE MAGUNCIA

Concluimos con la carta que Hildegarda dirigió al clero de Maguncia, que había arrojado contra la abadesa y su monasterio una sentencia de interdicción –temida sanción de la Iglesia, que prácticamente paraliza toda la vida espiritual allí donde es aplicada, dejando al hombre en el mayor de los desamparos–, dada la negativa de la abadesa a exhumar el cadáver de un noble sepultado en el cementerio de Rupertsberg. El hombre había sido excomulgado, pero antes de morir se había reconciliado con la Iglesia y recibido los sacramentos, hecho que por lo visto los prelados desconocían. La sentencia de interdicción implicaba la privación de los sacramentos... y del Oficio Divino al modo benedictino, esto es, cantado<sup>31</sup>. Esta dolorosísima situación le dio oportunidad, después de una infructuosa entrevista con los canónigos, para dirigir una carta a dichos hombres de la Iglesia, en la que les reprocha la medida tomada, y expone su concepción de la música como medio para recuperar el paraíso perdido y, en él, la voz de la alabanza a Dios:

“[...] Mientras tanto mis hermanas como yo éramos afligidas con gran amargura y retenidas en inmensa tristeza, oprimida finalmente por tan gran peso oí estas palabras en una visión: ‘No es conveniente para vosotras que a causa de las humanas palabras abandonéis los sacramentos de la Vestidura del Verbo de Dios’<sup>32</sup> Quien, virginalmente nacido de la Virgen María, es vuestra salvación. Por ello debéis solicitar la autorización a vuestros prelados que os lo han prohibido. Pues cuando Adán fue expulsado desde la luminosa región del Paraíso a su exilio en este mundo, la generación de todos los hombres fue envilecida como consecuencia de aquella primera transgresión, y por eso es necesario que, a partir del inescrutable designio de Dios, de la humana naturaleza naciera un hombre libre de toda contaminación, gracias al cual todos los hombres predestinados a la vida fueran purificados de toda sus inmundicias y, permaneciendo siempre Él en ellos y ellos en Él para su fortaleza y protección, fueran santificados por la comunión de Su cuerpo. Pero quien, como Adán, desobedece los preceptos de Dios y está por entero olvidado de Él, ése debe ser separado de Su cuerpo, de la misma manera como por su desobediencia se ha apartado de Él; y esto hasta que, purificado por la penitencia, los superiores le concedan nuevamente la comunión con el cuerpo del Señor. Pero quien no tuviera conciencia ni voluntad de hallarse bajo tal prohibición, acceda seguro a la recepción del sacramento vivificante para ser purificado por la sangre del Cordeiro inmaculado, Quien permitió Su inmolación en el altar de la cruz para devolver a

<sup>30</sup> Carta 276 –a los monjes cistercienses–, antes de 1153, p. 27-31. En: *Hildegardis Bingensis Epistolarium*. Pars tertia. Ed. Lieven van Acker (†) et M. Klaes-Hachmöller. Turnhout: Brepols, 2001. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91b).

<sup>31</sup> A propósito de esta mirada “benedictina” sobre el mundo y la liturgia, recordamos que en su catequesis del miércoles 17 de julio de 2002, el Papa Juan Pablo II hizo una meditación sobre el *Salmo 148*, al que calificó de “aleluya cósmico”, y citó un texto de Luis Alonso Schökel referido a los seres de la naturaleza, a la creación en su conjunto: “Dios los ha creado dándoles un lugar y una función; el hombre los acoge, dándoles un lugar en el lenguaje; y así los presenta en la celebración litúrgica. El hombre es el ‘pastor del ser’ o el liturgista de la creación” (SCHÖKEL, LUIS ALONSO. *Trenta salmi: poesia e preghiera*. Bolonia: 1982, p. 499. Cita tomada de ZENIT, Agencia de noticias (El mundo visto desde Roma), 17/07/02). Y exhortó luego el Pontífice: “Unámonos también nosotros a este coro universal que resuena en el ábside del cielo y que tiene por templo todo el cosmos. Dejémosnos conquistar por la respiración de la alabanza que todas las criaturas elevan a su Creador.” La mirada de Hildegarda, su obra, la receptividad de todo su ser no parecen sino una sinfónica y anticipada respuesta a la invitación del Papa.

<sup>32</sup> “La Vestidura del Verbo de Dios” es el Cuerpo y la Sangre de Cristo; la referencia es, por tanto, al sacramento de la Eucaristía.

todos la salvación.<sup>33</sup>

[...] También, para que en lugar de acordarse de ella en este destierro, los hombres se acordasen de aquella dulzura y alabanza divinas que antes de su caída alegraban a Adán juntamente con los ángeles en el Señor, y para atraerlos hacia ellas, los santos profetas –enseñados por el mismo Espíritu que habían recibido– no sólo compusieron los salmos y cánticos entonados para encender la devoción de sus oyentes, sino que también crearon instrumentos musicales de distintas clases con los que producían sonidos varios. Y lo hicieron para que, tanto por el aspecto exterior y las particularidades de esos instrumentos como por el sentido de las palabras que recitaban acompañándose de ellos, sus oyentes –como se ha dicho–, advertidos y bien dispuestos por los elementos exteriores, se instruyeran sobre las realidades interiores.

A estos santos profetas los imitaron los estudiosos y los sabios, e inventaron con su arte cierta clase de instrumentos para poder cantar de acuerdo al deseo del alma. [...] Pero el que lo había engañado –el diablo–, al oír que el hombre había comenzado a cantar por inspiración de Dios y que por esto sería atraído al recuerdo de la dulzura de los cánticos de la patria celestial; y viendo que sus astutas maquinaciones fracasarían, se asustó de tal modo que se atormentó con gran sufrimiento, y con los múltiples ardidés de su astucia siempre, ininterrumpidamente, se dedicó a discurrir y buscar la manera de perturbar o impedir sin cesar la proclamación, la belleza y la dulzura de la alabanza divina y de los himnos espirituales, no sólo en el corazón del hombre –mediante insinuaciones perversas, pensamientos impuros o distracciones–, sino también en el corazón de la Iglesia y dondequiera que puede hacerlo –mediante discordias, escándalos o injustas opresiones–.

Por eso vosotros y todos los prelados debéis tener muchísimo cuidado, y antes de cerrar con una sentencia la boca de una asamblea religiosa que canta a Dios sus alabanzas, y de prohibirle sea la administración, sea la recepción de los sacramentos, discutid primero con gran diligencia las causas por las que consideraréis que debéis hacerlo. Velad para que lleguéis a esto movidos por el celo de la justicia de Dios, y no por la indignación o por cualquier otra emoción injusta o bien por el deseo de venganza; y cuidado siempre que Satanás, que arrancó al hombre de la armonía celestial y de las delicias del Paraíso, no os engañe en vuestros juicios.

[...] Por consiguiente, quienes sin una razón de peso imponen a la asamblea reunida en la iglesia silencio en cuanto a los cantos de la alabanza a Dios, quienes injustamente despojaron a Dios del ornato de Su gloria en la tierra, no tendrán parte en el coro de la celebración angélica en el cielo, a no ser que se hayan enmendado a través de una verdadera penitencia y una humilde satisfacción.<sup>34</sup> Por eso, quienes tienen las llaves del cielo sean extremadamente cuidadosos para no abrir lo que debe ser cerrado, y no cerrar lo que debe ser abierto, porque el juicio será durísimo para aquellos que detentan el gobierno, a no ser que, como dice el Apóstol,<sup>35</sup> ejerzan el gobierno con solicitud. [...]”<sup>36</sup>

Legitimadas por el mandato divino que encontramos en el prólogo de su primera obra: *Scivias*, y que ella cumplió hasta el fin:

“No seas tímida, antes bien di lo que entiendes en el espíritu tal como Yo lo hablo

<sup>33</sup> *Fil.* 2, 8.

<sup>34</sup> *Sab.* 11, 24.

<sup>35</sup> *Rom.* 12, 8.

<sup>36</sup> Carta 23 –a los prelados de Maguncia–, años 1178-79, p. 61-66. En: HILDEGARDIS BINGENSIS. *Epistolarium*. Ed. Lieven van Acker. Turnhout: Brepols, 1991-93. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 91).

a través de ti, hasta que se avergüencen quienes debían manifestar a Mi pueblo la rectitud, pero por el desenfreno de sus costumbres rehúsan proclamar públicamente la justicia que han conocido, porque no quieren apartarse de sus malos deseos, a los que se adhieren como si fueran sus maestros que los hacen huir del rostro de Dios, a un punto tal que se avergüenzan de decir la verdad<sup>37</sup>

nos han llegado las advertencias de Hildegarda, lúcidas y duras como el diamante, que a lo largo de toda su vida dirigió con amorosa solicitud, latiendo siempre en el corazón de la Iglesia.

**AZUCENA ADELINA FRABOSCHI**  
**12 de noviembre de 2008**

---

<sup>37</sup> *Scivias* 2, 1, p. 111-12. En: *Hildegardis Scivias*. Ed. Adelgundis Führkötter O.S.B. collab. Angela Carlevaris O.S.B. Turnhout: Brepols, 1978 (CCCM 43-43a).

APÉNDICE DOCUMENTAL<sup>38</sup>**Carta de Hildegarda de Bingen al Papa Anastasio (1153-54)**

“Oh tú, que eres la armadura eminente y el monte de la doctrina de la muy adornada ciudad, que ha sido constituida en sus desposorios con Cristo; escucha a Aquel Quien no comenzó a vivir y que no se agota en la fatiga.

Oh hombre, que en lo que se refiere al conocimiento lúcido y vigilante te has cansado [demasiado] como para refrenar la jactanciosa soberbia de los hombres puestos en tu seno [bajo tu protección]: ¿por qué no rescatas a los náufragos que no pueden emerger de sus grandes dificultades a no ser que reciban ayuda? ¿Y por qué no cortas la raíz del mal que sofoca las hierbas buenas y útiles, las que tienen un gusto dulce y suavísimo aroma? Tú descuidas a la hija del rey, esto es a la Justicia –que vive en los abrazos celestiales y que te había sido confiada–, pues permites que esta hija del rey sea arrojada a tierra, y que su diadema y su hermosa túnica sean destrozadas por la grosería de las costumbres de aquellos hombres hostiles que a semejanza de los perros ladran y que, como las gallinas que en las noches a veces tratan de cantar, dejan escapar la necia exaltación de sus voces.

Éstos son simuladores que en sus palabras manifiestan una paz fingida, pero que en su interior, en sus corazones, rechinan los dientes como el perro, que mueve su cola a quienes le son conocidos pero muerde al soldado leal que presta su servicio en el palacio del rey. ¿Por qué soportas las malvadas costumbres de esos hombres que viven en las tinieblas de la estupidez, considerando y atendiendo todo lo que es nocivo para ellos, como la gallina que grita de noche aterrorizándose a sí misma? Quienes esto hacen son inútiles desde su misma raíz.

Oye por tanto, oh hombre, a Aquel Quien mucho ama el claro y agudo discernimiento, de manera tal que Él mismo lo estableció como el más grande instrumento de rectitud para luchar contra el mal. Tú no haces esto, porque no erradicas el mal que desea sofocar al bien sino que permites que el mal se eleve soberbio, y lo haces porque temes a quienes tramam los peores engaños en las asechanzas nocturnas, amantes más del dinero de la muerte que de la hermosa hija del rey, esto es, la Justicia.

Pero todas las obras que Dios ha hecho son en extremo luminosas. Escucha, oh hombre, porque antes del comienzo del mundo el Padre celestial clamó con gran voz en Su intimidad: Oh Hijo Mío. Y el globo del mundo comenzó a existir, comprendiendo lo que el Padre había dicho; sin embargo las diversas especies de creaturas aún se ocultaban en la oscuridad. Pero según aquello mismo que está escrito: *Y Dios dijo: Hágase*, aparecieron las diversas especies de creaturas. Así, mediante la Palabra del Padre y a causa de dicha Palabra todas las creaturas fueron hechas según la voluntad del Padre.

Y Dios vio todas las cosas y las conoció de antemano. Pero el mal ni elevándose ni cayendo puede producir por sí mismo algo, ni hacer ni crear [cosa alguna], porque es nada, o bien solamente cuenta como una opción engañosa y una opinión contraria, de manera tal que el hombre obra el mal cuando hace esto que es falaz y contrario.

Pero Dios envió a Su Hijo al mundo para que el demonio –que conoció el mal abrazándolo y lo sugirió al hombre– fuera vencido por Él, y para que el hombre –que había perecido por el mal– fuera redimido. Por lo cual Dios rechazó las obras perversas, esto es, fornicaciones, homicidios, robos, rebeliones, tiranicidios y simulaciones, propias de los hombres inicuos, porque a través de Su Hijo –Quien dispersó totalmente los despojos del tirano infernal– las sumió en confusión.

Por eso tú, oh hombre que te sientas en la cátedra suprema, desprecias a Dios cuando abrazas el mal; y en verdad no lo rechazas sino que te besas con él cuando lo mantienes bajo silencio en los hombres malvados. Por esto toda la tierra se turba a causa de la gran

<sup>38</sup> Trad. de AZUCENA ADELINA FRABOSCHI

mudanza que producen los extravíos, porque lo que Dios destruyó, eso es lo que el hombre ama.

Y tú, oh Roma, que yaces postrada como moribunda, serás sacudida de tal manera que el vigor de tus pies, sobre los que hasta hoy te sostuviste, se debilitará; porque tú no amas a la hija del rey —es decir, a la Justicia— con un amor ardiente, sino que la amas como en la tibieza del sueño y la alejas de ti. Por eso también ella quiere huir de ti, si no la llamas nuevamente. Sin embargo los grandes montes<sup>39</sup> todavía te ofrecerán ayuda, levantándote y apuntalándote con la noble madera de árboles magníficos, de manera tal que no pierdas enteramente todo en lo que hace a tu propia honra, esto es, en cuanto al ornato de tus desposorios con Cristo, sino que aún conserves algunas plumas de tu esplendor, hasta que venga la nieve de las burlas de las costumbres diferentes y hostiles, con grande y demente furor. Cuídate entonces, de unirte al rito de los paganos, cuídate de caer.

Oye por tanto a Aquel Quien vive y no será exterminado. El mundo ahora vive en la lascivia, luego estará en la tristeza, después en el terror, tal que los hombres no se preocuparán por su muerte. En todos estos tiempos hay unas veces tiempos de desvergüenza, otras tiempos de contrición, y otras veces los tiempos de los rayos y truenos de diversas iniquidades. Pues el ojo se enfurece, la nariz arrebata, la boca mata. Pero el pecho<sup>40</sup> salvará cuando la aurora aparezca como el esplendor de la primera alborada. Mas lo que vendrá en el nuevo deseo y en el fervor nuevo, no debe decirse.

Pero Aquel Quien es grande [y] sin defecto [alguno] ha tocado ahora el pequeño habitáculo<sup>41</sup>, para que viera los milagros y formara letras desconocidas y dejara oír una lengua ignorada. Y le dijo: Aquél que tiene la lima<sup>42</sup> no descuide la tarea de pulir y adaptar a la voz humana esto que le dirás, y que te fue revelado en una lengua manifestada a ti desde lo alto y no según la forma acostumbrada entre los seres humanos<sup>43</sup> —porque ésta no te ha sido dada—.

Tú empero, oh hombre que te muestras como pastor, levántate y corre velozmente hacia la Justicia, de manera tal que no seas acusado por el gran Médico por no haber limpiado de su inmundicia a Su redil y no haberlo ungido con óleo. Donde la voluntad desconoce los males, y donde el hombre no se entrega a su deseo, allí no sucumbe absolutamente en un juicio condenatorio, sino que purifica la culpa de su ignorancia mediante flagelos.

Por consiguiente tú, oh hombre, quédate en el camino recto, y Dios te salvará, te conducirá nuevamente a la mansión de la bendición y la elección, y vivirás eternamente.”

### Hildegarda a un prelado (¿obispo?) (1173-79)

“Oh tú, que has sido designado para representar a Cristo, escucha: el tiempo presente no es un *tiempo de sanación*<sup>44</sup>, sino que a causa de los deseos y costumbres de la serpiente —quien a veces juega con los hombres y otras veces los muerde— está lleno de dolor por las heridas nuevas y por las antiguas, pues la Iglesia ha sido despojada de su justicia y rectitud. El viento del norte se precipitó sobre la Iglesia arrancándole su corona y sus vestidos de manera tal que sus cabezas espirituales, con su realeza, han sido sacudidas. Esta situación continuará hasta que se haya cumplido acabadamente la purificación de los pecados del pueblo, de la gente común, muchos de los cuales adhieren a la locura de los Saduceos.<sup>45</sup> Por éstos y por los otros pecados de los hombres la vestidura de la Iglesia, esto es,

<sup>39</sup> Montañas es un modo de referencia a los prelados.

<sup>40</sup> El pecho como sede del corazón, esto es, de la inteligencia y del amor.

<sup>41</sup> La referencia es a Hildegarda y a su conocimiento por modo de visión.

<sup>42</sup> El secretario de Hildegarda, el monje Volmar.

<sup>43</sup> En la *Vida* II, 1: “[...] que no le dirás en la lengua latina —porque ésta no te ha sido dada [...]”.

<sup>44</sup> *Jer.* 14, 19.

<sup>45</sup> Hildegarda llama saduceos a los cátaros.

la justicia, ha sido removida, y su realeza está llena de tristeza. Sin embargo la Iglesia tiene confianza en su Esposo, en que a través de Él recibirá el fulgor de su corona y de sus vestidos, y que habrá de ver el glorioso día de la destrucción de la iniquidad y de la infidelidad, y que será adornada por el sol de la fe con pendientes en sus orejas.

Pero ahora, que el Espíritu Santo te inflame, para que por la gracia de Dios te purifiques de cada uno de tus pecados y deliberes y aconsejes cuanto puedas en favor del esplendor de la Iglesia, hasta que por tu perseverancia en el bien merezcas oír del Juez Supremo: *Tú eres Mi servidor*,<sup>46</sup> en ti *se ha complacido Mi Alma*,<sup>47</sup> y así vivirás en feliz eternidad.”

### Hildegarda a Felipe, Arzobispo de Colonia (1167-73)

“En la mística espiración de la verdadera visión vi y oí estas palabras, pues el Amor ardiente, Quien es Dios, te dice: ¿Qué nombre puede dársele a una estrella que brilla bajo el sol? Se la llama ‘luminosa’, porque gracias al sol resplandece con más luz que las otras estrellas. ¿Pero cómo podría ser que la misma estrella ocultase su luz de manera tal que brillara menos que las otras estrellas menores? Porque si esto hiciera no tendría ese glorioso nombre suyo sino que se la llamaría ‘ciega’ ya que, aunque se dijera luminosa, no se vería su luz. Asimismo el soldado que viniera a la batalla sin armadura, con toda seguridad sería aplastado por sus enemigos, porque su cuerpo no estaría defendido por la coraza, ni habría puesto yelmo sobre su cabeza ni protegido con el escudo, por lo que caería en medio de gran confusión y angustia.

Pero tú, que eres llamado ‘estrella luminosa’ en razón de tu ministerio episcopal, y que desde el altísimo oficio sacerdotal irradias tu luz –que son las palabras de la justicia–, no la ocultes a tus subordinados. Pues en tu corazón a menudo dices: ‘Si yo amedrentara a mis subordinados con mis palabras, me tendrían por fastidioso, porque no puedo prevalecer sobre ellos. ¡Ojalá, callando, pudiera conservar su amistad!’ Pero a nada te conduce hablar y actuar de esta manera. ¿Qué hacer entonces? No los atemorices con aterradoras palabras originadas en tu oficio episcopal y en la nobleza de tu persona, arrebatándolos violentamente como un halcón, ni con palabras dañinas los golpees, como con una maza; antes bien, mezcla las palabras de la justicia con la misericordia y úngelos con el temor de Dios, mostrándoles cuán peligrosa es la injusticia, para sus almas y para su felicidad. De seguro, ciertamente, con toda seguridad que así te escucharán.

No te mezcles con ellos en sus costumbres descuidadas y sucias, e inestables, ni consideres qué les agrada o desagrada, porque si haces esto aparecerás como por debajo de ellos a los ojos de Dios y de los hombres, pues tales actitudes no convienen a tu persona. Fíjate también que los animales que rumian son macerados si el forraje [con que se los alimenta] se hubiera mezclado con el alimento con que se ceba a los puercos. Así también tú, si te unieras a la compañía de los pecadores y a sus costumbres deshonestas, te ensuciarías. Los hombres malvados se alegrarían por ello y se turbarían los hombres rectos, diciendo: ‘¡Ay, ay, qué clase de obispo tenemos! Su luz no brilla para nosotros en los caminos rectos de la justicia.

Toma pues a tu pueblo y apártalo de su funesta infidelidad, para que así no te encuentres sin la armadura de la fe, y muéstrale el camino de la justicia según las *Sagradas Escrituras*. Pon sobre tu cabeza el yelmo de la esperanza y ante tu cuello el escudo de la verdadera defensa,<sup>48</sup> para que en todos los peligros y adversidades seas el defensor de la Iglesia, vencéndolos. Ten la luz de la verdad de manera tal que aparezcas como un soldado probo

---

<sup>46</sup> Is. 49, 3.

<sup>47</sup> Is. 42, 1.

<sup>48</sup> Ef. 6, 14-17.



en Mi milicia –Yo soy el amor verdadero<sup>49</sup>– y para que, en medio de un mundo que naufraga y en las duras batallas contra la iniquidad, seas fuerte y activo, y finalmente resplandezcas como luminosa estrella en la eterna felicidad.

Ahora tú, oh padre, que te encuentras en el oficio pastoral, no desdeñes la pobreza del ser humano que te escribe estas cosas, porque no las he dicho ni enviado por mí misma ni según hombre alguno sino que, porque me ordenaste que te escribiera algunas cosas, las he escrito del modo como las vi y oí en una visión verdadera, despiertos y atentos el espíritu y el cuerpo.”

### De Hildegarda al sacerdote Werner (carta 149r, 1170)

“En el año 1170, cuando llevaba un largo tiempo postrada en mi lecho de enferma, despierta en cuerpo y alma vi<sup>50</sup> una bellísima imagen con forma de mujer, de tan exquisito encanto y con preciosos atavíos de tanta belleza que la mente humana jamás podría comprenderla y expresarla. Por su estatura se alzaba desde la tierra hasta el cielo. Su rostro brillaba con una gran luz y con sus ojos miraba al cielo. Llevaba una deslumbrante túnica de seda blanca y la envolvía un manto adornado con piedras preciosas –esmeralda, zafiro, también perlas–; su calzado era de ónix. Pero su rostro estaba salpicado de polvo, la túnica había sido desgarrada en el costado derecho, el manto había perdido su refinada belleza y sus zapatos estaban manchados en la parte superior.

Y con voz grande y dolorosa clamaba hacia las alturas celestiales diciendo: Óyeme, oh cielo, porque mi rostro ha sido afeado; oh tierra, llora, porque mi túnica ha sido desgarrada; oh abismo, estremécete, porque mis zapatos han sido manchados. ‘Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo tienen sus nidos’,<sup>51</sup> pero yo no tengo quien me consuele y me ayude, ni un báculo sobre el cual apoyarme y que me sostenga.

Y nuevamente decía: Yo estuve oculta en el corazón del Padre hasta que el Hijo del hombre, Quien fue virginalmente concebido y dado a luz, derramó Su sangre. Con esa misma sangre me desposó y me dotó, puesto que yo debía regenerar –en la pura y simple regeneración del Espíritu y del agua– a quienes habían sido atraídos y contaminados por el espumajo de la serpiente.

Quienes me cuidaban y me alimentaban, o sea los sacerdotes, que debían encender mi rostro como la aurora y hacer que mi túnica resplandeciera como una luz fulgente, que mi manto brillara como las piedras preciosas y mis zapatos irradiaran su claridad, ensuciaron mi rostro con polvo, desgarraron mi túnica y oscurecieron mi manto y mancharon mis zapatos. Todos los que debían embellecerme me descuidaron y me abandonaron. Pues ensucian mi rostro porque toman y reciben el Cuerpo y la Sangre de mi Esposo en medio de la gran corrupción de sus costumbres lascivas y la gran inmundicia de sus fornicaciones y adulterios, y la avariciosa rapiña con que venden y compran lo que es impropio; se rodean y envuelven con tanta suciedad como un niño puesto en el barro entre los puercos. Pues así como el hombre, cuando Dios lo hizo con el barro de la tierra e inspiró en su rostro un hálito de vida<sup>52</sup> al punto se transformó en carne y sangre, así también el mismo poder de Dios, ante las palabras del sacerdote que invoca a la Divinidad, transforma la ofrenda de pan, vino y agua [que está] sobre el altar en la verdadera carne y la verdadera sangre de Cristo, esto es, de mi Esposo. Pero el hombre no puede verlo con los ojos de la carne a causa de la queguera que le sobrevino por la caída de Adán.

Las marcas de las heridas de mi Esposo están frescas y abiertas en tanto subsistan las

---

<sup>49</sup> *I Juan* 4, 8 y 16.

<sup>50</sup> Una vez más afirma Hildegarda las características únicas de su modo de visión: despierta, en estado de vigilia.

<sup>51</sup> *Mat.* 8, 20; *Luc.* 9, 58.

<sup>52</sup> *Gén.* 2, 7.

heridas de los pecados de los hombres. Los sacerdotes, que deberían hacerme luminosa y servirme en la luz, contaminan estas mismas heridas de Cristo en su ir de iglesia en iglesia por su gran avaricia. También desgarran mi túnica por esto, porque traicionan la ley y el Evangelio y su propio sacerdocio, y oscurecen mi manto porque descuidan en un todo los preceptos instituidos por ellos: no cumplen con la buena voluntad y con las obras, ni con la abstinencia –que es como la esmeralda–, ni con la largueza en la limosna –que es como un zafiro–, ni con las otras obras buenas y justas con las que se tributa honra a Dios –que son como otra clase de piedras preciosas–. Pero además han manchado la parte superior de mi calzado, porque sus caminos no son rectos, es decir que no son los caminos difíciles y penosos de la justicia, y tampoco brindan buenos ejemplos a quienes les están subordinados; no obstante y a pesar de todo, yo guardo la luz de la verdad –casi como en un lugar secreto– bajo mis zapatos. En efecto, los falsos sacerdotes se engañan a sí mismos porque quieren tener el honor del oficio sacerdotal sin sus obras, cosa que no puede ser, ya que a ninguno se le dará recompensa a no ser por el trabajo de la obra presentada.<sup>53</sup> Pero cuando la gracia de Dios toca al hombre, éste obra de manera tal que pueda recibir su recompensa.

Y así el cielo llueve diversa clase de males adversos a los hombres como venganza de Dios, y una nube cubre toda la tierra de modo que su fecunda lozanía se seque y su ornato se oscurezca; también el abismo se estremece, porque juntamente con el cielo y con la tierra será agitado violentamente por el dolor y la venganza. Pues los príncipes y el pueblo temerario se arrojarán sobre vosotros, oh sacerdotes que hasta hoy me habéis descuidado, y os echarán y os pondrán en fuga, y os quitarán vuestras riquezas, porque no atendisteis vuestras obligaciones sacerdotales. Y dirán de vosotros: Echemos de la Iglesia a estos adúlteros y ladrones y hombres repletos de toda maldad. Y haciendo esto creerán haber hecho un obsequio a Dios, porque dicen que la Iglesia ha sido contaminada por vosotros. Por lo que la *Escritura* dice: ‘¿Por qué se enfurecieron las naciones, y los pueblos tramaron maldades? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se han unido’.<sup>54</sup> Pues por la permisión de Dios muchas naciones comienzan a enfurecerse en los juicios que hacen sobre vosotros, y muchos pueblos urdirán maldades contra vosotros, teniendo por nada vuestra consagración y vuestro oficio sacerdotal. Los reyes de la tierra los ayudarán a desposeeros y destruirlos porque codician los bienes terrenales, y los príncipes –vuestros señores– estarán de acuerdo con este propósito, ya que os arrojarán más allá de sus tierras, porque por vuestras malvadas obras apartasteis de vosotros al Cordero inocente.

Y oí una voz del cielo que me decía: Esta imagen representa a la Iglesia. Por lo cual tú, oh hombre que ves y oyes estas palabras de dolor, dílas a los sacerdotes que fueron ordenados y constituidos para regir y para enseñar al pueblo de Dios, y a quienes juntamente con los apóstoles se dijo: ‘Id a todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda creatura’.<sup>55</sup> Pues cuando Dios creó al hombre, significó en él a toda creatura, al modo como en un pequeño trozo de pergamino se describe el calendario de todo el año. Y por eso Dios celebró en el hombre a toda la creación<sup>56</sup>.

Y nuevamente yo, una pobre forma de mujer, vi una espada desenvainada suspendida en el aire, una de cuyas caras estaba vuelta hacia el cielo y la otra hacia la tierra. Esta espada se extendía sobre el pueblo espiritual [los sacerdotes, religiosos y religiosas] que el profeta había visto hacia ya mucho tiempo, cuando admirado decía: ‘¿Quiénes son estos que vuelan como las nubes, y como palomas hacia sus ventanas?’<sup>57</sup> Porque esos que fueron sacados de la tierra y separados de la gente común debían vivir santamente y tener la

<sup>53</sup> *I Cor.* 3, 8.

<sup>54</sup> *Sal.* 2, 1-2.

<sup>55</sup> *Marc.* 16, 15.

<sup>56</sup> El mandato de la predicación del Evangelio a toda creatura, porque en el hombre está significada y celebrada toda la creación: ¿cómo no recordar aquí el magnífico *Cántico* de San Francisco de Asís, y al hermano Sol, y a la hermana Luna, o bien la maravillosa escena de San Antonio de Padua predicando a los peces en Rimini?

<sup>57</sup> *Is.* 60, 8.

simplicidad de la paloma en sus costumbres y en sus obras, pero ahora son malvados en obras y costumbres. Y vi que esa espada cortaba [y arrojaba a un lado] algunos lugares [iglesias y monasterios] de los hombres espirituales, al modo como fue cortada y separada Jerusalén después de la Pasión del Señor. Pero también vi que en esta adversidad Dios veía por muchos sacerdotes devotos, puros y sencillos, como respondió a Elías cuando decía que ‘reservaría para sí en Israel siete mil hombres que no hubieran doblado sus rodillas ante Baal’.<sup>58</sup>

Ahora, que el inextinguible fuego del Espíritu Santo se derrame en vosotros para que os volváis hacia la mejor parte.”

### Hildegarda a la congregación cisterciense (antes de 1153)

“Yo, la Fuente Viva, digo a aquellos que, revestidos con Mi túnica a causa de Mi nombre, son peregrinos en la cacería del mundo: Oh, gemid y llorad, porque el cielo ha sido desgarrado y el día se ha oscurecido, pues ahora el denario debe ser devuelto al atrio de la voz de la alabanza.

Oh hijos de Israel, ¿por qué habéis corrompido el dulcísimo Amor (*caritas*) que fluye en Mí en la plenitud de su obra, cuando desde las alturas miro hacia las profundidades? Porque fluye en Mí, por eso también fluyen de él las aguas vivas. Pero también se encuentra en la forma de una vara<sup>59</sup> porque, así como en una virgen los abrazos son dulcísimos debido a su integridad, así también el Amor tiene en sí los dulcísimos abrazos de las virtudes. Pero ahora llora, porque personas temerarias lo han desgarrado con su vocinglera murmuración. Por lo que huye de ellos hacia aquella altura de la que vino, y se lamenta porque sus hijos, a los que había nutrido con sus pechos henchidos, se apartan, sin querer limpiarse de la podredumbre de sus espíritus inestables.

Oh míseros, ¿por qué se asocian a la desdicha de la alienación y del destierro, apartándose de las nupcias reales con la nueva esposa, que siempre está preparada y dispuesta para su esposo como una virgen para el varón que la desposa, cuando aún no se ha consumado la unión, sino que permanece todavía intacta en su integridad? Porque éstos se apartan de aquella esposa, por eso están envueltos en tinieblas y obnubilados, como si hubieran destruido el cielo. ¿Qué significa esto? Como el firmamento del cielo con todo su ornato—esto es el sol, la luna y las estrellas— ilumina el mundo, y como el artesano con la madera hace objetos de madera, y de manera similar procede con las piedras y con otros materiales, así también éstos deberían iluminar al pueblo y mostrarle el buen camino.

Pero en ellos el amor se ha hecho pedazos, de manera tal que la virginidad, que debería resplandecer en ellos como el sol, y la viudez como la luna, y toda la otra gente como las estrellas, carecen de su luz porque las dulces entrañas maternas no les brindan calor. Mas la mujer encorvada, llena de arrugas y toda oscura, con costumbres viperinas y rechinar de dientes, horrible en todo lo que hace, alimenta a la manera de los puercos a éstos que, apartándose del mundo, debían ser santos y elegidos. Pues ellos desgarran la vestidura de la inocencia en ellos mismos con sus maneras ásperas y su iracundia, y por su infamia pierden cuanto les da vida; en su ira golpean sus cabezas, ciegan sus ojos por la desesperación y manchan todos sus vestidos por la necedad de sus actitudes, considerándose a sí mismos sabios y por encima de sus superiores.

Ay, ay, hijos de Israel, el áureo y misterioso don de Dios no os estableció así en vuestro primer nacimiento, porque en vuestra angélica orden el dulcísimo Padre quiso vencer a la antigua serpiente, que vomitó sobre sí misma la mortal ponzoña de la presunción, como

<sup>58</sup> *I Reyes* 19, 18.

<sup>59</sup> La referencia a la vara (*virga*) y a la virgen (*virgo*) se apoya en la similitud de las palabras y en su raíz: *vir-*, que alude a la fuerza y a la fecundidad: en este caso, la fuerza y la rectitud del Amor y de las Virtudes, y la fecundidad de la vida y de las obras.

un cadáver putrefacto. Oh bellas flores y compañeros de los ángeles, ¿por qué habéis comido el alimento de la serpiente, o sea, que buscáis unos y otros la compañía deshonesta y hedionda de los arrogantes cismáticos, una conducta casi mortal? ¿Y por qué trepáis las tremantes montañas del cuestionamiento insistente y la indagación de tantas vanidades, sin percatarse de que a cada hombre se le da según su medida?

Id por los caminos convenientes y apropiados, sin el viento que volando os desparra-  
ma. Mas vosotros encontráis en cualquier parte un monte inconsistente, os apropiáis de él, sin demora lo afirmáis y trabajáis en él, sin abandonarlo. Pero os esforzáis en vano, como también lo hace el artesano inútil que fabrica una vasija inservible, que no puede tenerse derecha porque es inestable, falta de equilibrio. Por eso ahora, oh hijitos míos, tomad a vuestra hermosa madre, esto es, a Mi amiga la Caridad [el amor], y abrazadla.

Yo os digo: Algunos, montados en veloces caballos y espléndidamente equipados con armas costosas y de gran poder se habían vuelto hacia el occidente para luchar contra quienes venían del oeste. A su derecha había un valle muy extenso, como un camino profundo; a su izquierda un gran bosque con sus ramas más altas cubiertas de nieve, del que salieron muchos enanos desarmados. Cuando vieron a los hombres armados huyeron al bosque despavoridos, diciendo: ‘¡Cuidado! ¿Quiénes son éstos?’ Pero, para infundir terror a los que estaban armados, en la selva misma hacían gran estrépito y gritaban. Por eso, algunos de los hombres armados, indignados, desenvainaban sus espadas y las blandían contra ellos para herirlos. Y se oyó una voz que desde lo alto decía: ‘Volved vuestras espadas a sus vainas, hasta que llegue el tiempo de los tiempos del exterminio.’ Y ellos envainaron sus espadas.

Y he aquí que vinieron otros montados a caballo, totalmente desnudos, excepto por un pequeño paño que les cubría el pecho y el vientre. Cuando los que estaban en el bosque los vieron corrieron hacia ellos y tomando sus caballos por el cuello y por la cola, y a los que los montaban por las piernas y los pies, daban grandes saltos y reían a carcajadas jugando con ellos, mientras decían: ‘Oh compañeros, jugad con nosotros.’ Entonces algunos de los hombres armados, fatigados por su armadura, se volvieron hacia el valle que estaba próximo a ellos y bajándose de sus caballos se despojaron de sus resplandecientes armas, poniéndolas en el suelo. Y así, mientras descansaban en el valle dijeron: ‘¿Quién puede luchar permanentemente contra estos enanos? Permitámosles jugar.’ Pero cuando los enanos los vieron adentrarse en el bosque corrieron hacia ellos, y hacían sus juegos y danzas en torno a ellos. Mas los hombres no jugaban con ellos ni los obligaban a apartarse, sino que, dejadas sus armas, tan sólo descansaban mientras contemplaban las danzas. Y de nuevo resonó la voz desde lo alto diciendo: ‘Éstos que abandonaron sus armas no deben ser llamados los principales en el palacio del Rey, porque están demasiado cansados para luchar.’

Ahora, oh hijos míos, escuchad lo que esto significa. Los prelados buenos y eficaces y los otros que desprecian las cosas mundanas, en el transcurso de la veloz carrera de las buenas obras descansan armados, manteniendo una atenta vigilancia para luchar contra el diablo. A su derecha se encuentra el camino de la rectitud y a su izquierda la preocupación de muchas vicisitudes y vaivenes de los que provienen gran número de vicios, que a veces huyen aterrados ante los hombres armados, pero otras veces les inspiran terror con su locura. Por lo que algunos de esos hombres, indignados porque no quieren sufrir con paciencia el daño que se les infiere, se preparan para vengarse; pero la inspiración divina les advierte que permanezcan quietos y tranquilos hasta que Dios, por Su gracia, destruya esos males. Y así cesa en ellos la agitación de su venganza. Otros, que parecen haber desechado los bienes terrenales, de este modo muestran que corren en vano: porque están desnudos de las obras buenas, aunque se vistan con su simulación. Por lo cual los vicios se ríen de ellos, y juegan con ellos en medio de grandes burlas. Pero algunos de los otros prelados, que deberían haber rechazado enteramente las cosas del mundo, se fatigan hastiados con la rutina y en el camino recto abandonan la solícita vigilancia; descansando despreocupada-

mente, dicen que no pueden estar siempre luchando contra aquellos vicios. Por lo que también los vicios se burlan de ellos, que ni los acogen plenamente ni totalmente se apartan de ellos, de manera tal que permanecen quietos en la tibieza de su negligencia. Por eso, para que abiertamente se entienda, no son maestros eficaces ni guerreros poderosos ante Dios, porque en su debilidad son torpes en cuanto a su salvación. Esta interpretación, oh vosotros que habéis desgarrado mi túnica, os está dirigida.

Oh varones espirituales, que decís que avanzáis con firmeza y rectitud, ¿por qué no imitáis las obras del Cordero, Quien fue pacífico, manso, humilde, casto y obediente al mandato de Su Padre, y sufrido en cuanto al sacrificio de Su cuerpo por vosotros? Elevaos hacia la compañía de los ángeles, según al principio os plantó el místico don de Dios. Pues a veces no sabéis lo que hacéis, queriendo ascender al monte que no podéis abarcar, por lo que también a veces caéis al valle, porque comenzáis lo que no podéis acabar. Os inquietáis en vuestro espíritu queriendo ser santos, allí donde no hay méritos, ni la recompensa de la obra buena y justa. Por eso sois como los extraños que quieren tener lo que no pueden tomar. Fortaleced por tanto y confortad vuestros corazones<sup>60</sup> y corred por los caminos de Dios, porque la recompensa será dada a quien obre, no a quien mira la obra como quien la ve en un espejo, por lo que también se engaña en su apreciación.”

### **Hildegarda de los prelados de Maguncia (1178-79)**

“En una visión grabada por Dios [mi] Hacedor en mi alma, antes que yo naciese, me he visto compelida a escribir estas cosas a causa de la prohibición con la que nuestros superiores nos han atado, por cierto difunto traído por su sacerdote, y sepultado junto a nosotras sin acusación. Como pocos días después de su sepelio nuestros superiores nos ordenaron arrojarlo del cementerio, invadida por un gran terror elevé la mirada hacia la Luz Verdadera, como acostumbro, y con ojos atentos vi en mi alma que, si de acuerdo con el mandato de aquéllos el cuerpo del difunto era exhumado, la acción de excluirlo amenazaría nuestro lugar como el terrible peligro de una gran oscuridad y nos rodearía cercándonos, como la nube negra que suele aparecer antes de las tempestades y los truenos.

Por eso no nos hemos atrevido a remover el cuerpo de este difunto, puesto que había confesado sus pecados, recibido la unción y la comunión, y fue sepultado sin inconveniente alguno; ni podemos ceder al consejo o al mandato de quienes quieren persuadirnos o imponernos esto, no porque tengamos en poco el consejo de los hombres probos o el mandato de nuestros prelados –de ningún modo–, sino para que no parezca que por femenina crueldad injuriamos los sacramentos de Cristo, con los cuales fue fortalecido aquel hombre mientras aún estaba con vida. Pero para no aparecer como desobedientes en todo, según el interdicto hemos cesado los cantos de la divina alabanza, y nos hemos abstenido de la participación del Cuerpo del Señor, que tenemos por costumbre frecuentar todos los meses.

Por lo cual, mientras tanto mis hermanas como yo éramos afligidas con gran amargura y retenidas en inmensa tristeza, oprimida finalmente por tan gran peso oí estas palabras en una visión: ‘No es conveniente para vosotras que a causa de las humanas palabras abandonéis los sacramentos de la Vestidura del Verbo de Dios Quien, virginalmente nacido de la Virgen María, es vuestra salvación. Por ello debéis solicitar la autorización a vuestros prelados que os lo han prohibido. Pues cuando Adán fue expulsado desde la luminosa región del Paraíso a su exilio en este mundo, la generación de todos los hombres fue envilecida como consecuencia de aquella primera transgresión, y por eso es necesario que, a partir del inescrutable designio de Dios, de la humana naturaleza naciera un hombre libre de toda contaminación, gracias al cual todos los hombres predestinados a la vida fueran purifi-

---

<sup>60</sup> *Sal.* 30, 25.

cados de toda sus inmundicias y, permaneciendo siempre Él en ellos y ellos en Él para su fortaleza y protección, fueran santificados por la comunión de Su cuerpo. Pero quien, como Adán, desobedece los preceptos de Dios y está por entero olvidado de Él, ése debe ser separado de Su cuerpo, de la misma manera como por su desobediencia se ha apartado de Él; y esto hasta que, purificado por la penitencia, los superiores le concedan nuevamente la comunión con el cuerpo del Señor. Pero quien no tuviera conciencia ni voluntad de hallarse bajo tal prohibición, acceda seguro a la recepción del sacramento vivificante para ser purificado por la sangre del Cordero inmaculado, Quien permitió Su inmolación en el altar de la cruz para devolver a todos la salvación.<sup>61</sup>

También en la misma visión oí que en esto yo era culpable, porque no había llegado con toda humildad y devoción a la presencia de mis superiores para suplicarles la autorización para comulgar, especialmente cuando no habíamos cometido falta al recibir a aquel difunto, quien provisto por su sacerdote con cristiana rectitud, había sido sepultado entre nosotras con todo Bingen en procesión, y sin que nadie objetara. Y así Dios me ha ordenado que os dé a conocer estas cosas, señores y prelados nuestros.

También sobre esto vi que, por obedeceros, hemos cesado de cantar el oficio divino, leyéndolo en voz baja solamente, y oí la voz que procede de la Luz Viviente, concerniente las diversas clases de alabanzas a las que David se refirió en el Salmo: *Alabadle con el sonido de la trompeta, alabadle con el salterio y la cítara*, y además a continuación: *Todo espíritu alabe al Señor*.<sup>62</sup> Con estas palabras, a través de las cosas exteriores somos instruidos en cuanto a las interiores: o sea sobre el modo como, según la composición material y la cualidad de los instrumentos, debemos dar forma y dirigir las ocupaciones de nuestro hombre interior principalmente para la alabanza del Creador. Cuando les prestamos cuidadosa atención, recordamos cómo ha buscado el hombre la voz del Espíritu Viviente, la que perdió por la desobediencia de Adán, quien antes de la transgresión –cuando era inocente– participaba en gran manera de las voces de la alabanza angélica, voces que los ángeles, llamados espíritus a partir del Espíritu Quien es Dios, poseen por su naturaleza espiritual. Adán, pues, perdió la afinidad con la voz angélica que tenía en el paraíso. Se durmió en el conocimiento que poseía antes del pecado de manera que, como el hombre al despertar del sueño se encuentra confuso e inseguro sobre lo que ha visto en sueños, así quedó envuelto por las tinieblas de la ignorancia interior a causa de su iniquidad, cuando engañado por la argucia del diablo rechazó la voluntad de su Creador.

Pero Dios Quien, infundiéndoles la luz de la verdad, guarda y salva las almas de los elegidos para la felicidad primera, de conformidad con Su antiguo designio inventó esto: que toda vez que por la infusión del Espíritu profético fueran renovados los corazones de muchos, en virtud de dicha iluminación interior ellos recuperarían algo de aquel conocimiento que Adán tenía antes del castigo de su prevaricación.

También, para que en lugar de acordarse de ella en este destierro, los hombres se acordasen de aquella dulzura y alabanza divinas que antes de su caída alegraban a Adán juntamente con los ángeles en el Señor, y para atraerlos hacia ellas, los santos profetas –enseñados por el mismo Espíritu que habían recibido– no sólo compusieron los salmos y cánticos entonados para encender la devoción de sus oyentes, sino que también crearon instrumentos musicales de distintas clases con los que producían sonidos varios. Y lo hicieron para que, tanto por el aspecto exterior y las particularidades de esos instrumentos como por el sentido de las palabras que recitaban acompañándose de ellos, sus oyentes –como se ha dicho–, advertidos y bien dispuestos por los elementos exteriores, se instruyeran sobre las realidades interiores.

A estos santos profetas los imitaron los estudiosos y los sabios, e inventaron con su arte cierta clase de instrumentos para poder cantar de acuerdo al deseo del alma. Adap-

---

<sup>61</sup> *Fil.* 2, 8.

<sup>62</sup> *Sal.* 150, 3-6.

taron lo que cantaban a las articulaciones de los dedos flexionados<sup>63</sup>, recordando que Adán fue formado por el dedo de Dios —que es el Espíritu Santo—, y que en la voz de Adán, antes de su caída, residía el sonido de toda armonía y la dulzura de todo el arte musical. Si hubiera permanecido en su estado original, la debilidad del hombre mortal no hubiera podido resistir la potencia y la sonoridad de aquella voz.

Pero el que lo había engañado —el diablo—, al oír que el hombre había comenzado a cantar por inspiración de Dios y que por esto sería atraído al recuerdo de la dulzura de los cánticos de la patria celestial; y viendo que sus astutas maquinaciones fracasarían, se asustó de tal modo que se atormentó con gran sufrimiento, y con los múltiples ardides de su astucia siempre, ininterrumpidamente, se dedicó a discurrir y buscar la manera de perturbar o impedir sin cesar la proclamación, la belleza y la dulzura de la alabanza divina y de los himnos espirituales, no sólo en el corazón del hombre —mediante insinuaciones perversas, pensamientos impuros o distracciones—, sino también en el corazón de la Iglesia y dondequiera que puede hacerlo —mediante discordias, escándalos o injustas opresiones—.

Por eso vosotros y todos los prelados debéis tener muchísimo cuidado, y antes de cerrar con una sentencia la boca de una asamblea religiosa que canta a Dios sus alabanzas, y de prohibirle sea la administración, sea la recepción de los sacramentos, discutid primero con gran diligencia las causas por las que consideráis que debéis hacerlo. Velad para que lleguéis a esto movidos por el celo de la justicia de Dios, y no por la indignación o por cualquier otra emoción injusta o bien por el deseo de venganza; y cuidad siempre que Satanás, que arrancó al hombre de la armonía celestial y de las delicias del Paraíso, no os engañe en vuestros juicios.

Y pensad que, así como el cuerpo de Jesucristo nació de la pura integridad de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, así también el cántico de alabanza según la armonía celestial está arraigado en la Iglesia por el Espíritu Santo. El cuerpo es el vestido del alma<sup>64</sup>, que tiene una voz viva, y por eso conviene que el cuerpo unido al alma cante sus alabanzas a Dios con esa voz. Por lo que también el espíritu profético significativamente manda que Dios sea alabado con címbalos sonoros y címbalos de júbilo y con otros instrumentos musicales que los sabios y los estudiosos inventaron, porque todas las artes que conciernen a la utilidad y a la necesidad de los hombres se hallan en el cuerpo del hombre, en virtud del soplo emitido por Dios. Y por esto es justo que en todas ellas Dios sea alabado.<sup>65</sup>

Y puesto que al escuchar algún canto el hombre a menudo suspira y gime porque recuerda la naturaleza de la música celestial, el profeta, considerando sutilmente la profunda naturaleza del espíritu y sabiendo que el alma es sinfónica, nos exhorta en el salmo a que proclamemos al Señor con la cítara y le cantemos con el salterio de diez cuerdas,<sup>66</sup> queriendo relacionar la cítara, que suena en un tono más bajo, con la disciplina del cuerpo; el salterio, que reproduce el sonido en un tono más agudo, con el esfuerzo del espíritu; las diez cuerdas, con el cumplimiento de la Ley.

Por consiguiente, quienes sin una razón de peso imponen a la asamblea reunida en la iglesia silencio en cuanto a los cantos de la alabanza a Dios, quienes injustamente despojaron a Dios del ornato de Su gloria en la tierra, no tendrán parte en el coro de la celebración angélica en el cielo, a no ser que se hayan enmendado a través de una verdadera penitencia

---

<sup>63</sup> Alusión al recurso mnemotécnico atribuido al célebre Guido d'Arezzo, que asignaba las distintas notas de las escalas a las articulaciones de los dedos de la mano izquierda.

<sup>64</sup> No ha de haber muchas imágenes que otorguen al cuerpo la dignidad que en ésta le reconoce Hildegarda: frente a la platónica concepción del cuerpo como cárcel que en triste situación retiene al alma privándola de su libertad, la cristianísima afirmación del cuerpo como vestido del alma liberada —por el Verbo de Dios encarnado, hecho carne, hecho “cuerpo”— de la condenación merecida por sus pecados, y jubiloso participe con ella del cántico de alabanza a Dios.

<sup>65</sup> *I Pedro* 4, 11.

<sup>66</sup> *Sal.* 32, 2; 91, 4.

y una humilde satisfacción.<sup>67</sup> Por eso, quienes tienen las llaves del cielo sean extremadamente cuidadosos para no abrir lo que debe ser cerrado, y no cerrar lo que debe ser abierto, porque el juicio será durísimo para aquellos que detentan el gobierno, a no ser que, como dice el Apóstol, ejerzan el gobierno con solicitud.<sup>68</sup>

Y oí la voz que me decía: ‘¿Quién creó el cielo? Dios. ¿Quién abre el cielo a Sus fieles? Dios. ¿Quién es semejante a Él?’<sup>69</sup> Nadie. Por eso, oh hombres fieles, que ninguno de vosotros se resista a Él o se Le oponga, para que no caiga sobre vosotros con Su poder y Su fuerza, y no os sea posible tener quien os ayude protegiéndoos de Su juicio. Este tiempo es un tiempo femenino, porque la justicia de Dios es débil. Pero la Fortaleza de la justicia de Dios se destila, y es una guerrera contra la injusticia, hasta que ésta caiga vencida.”

---

<sup>67</sup> *Sab.* 11, 24.

<sup>68</sup> *Rom.* 12, 8.

<sup>69</sup> *Is.* 44, 7; 46, 9; *Jer.* 49, 19.